

Parece no obstante, replicó Filotas, que por la naturaleza de las cosas, un pueblo de guerreros, tarde ó temprano degenera en un pueblo de conquistadores; y por la sucesion de los hechos se ve, que habeis experimentado esta mudanza, sin echarlo de ver. Se os acusa en efecto, de haber formado muy desde el principio, y no haber perdido de vista el designio de subyugar á los Arcades y á los Argivos. No hablo de vuestras guerras con los Mesenios, ya que creéis poder justificarlas. *

Os lo he dicho ya, respondió Damonax, nosotros no tenemos anales. Las tradiciones confusas nos enseñan, que antiguamente tuvimos mas de una vez intereses que arreglar con las naciones vecinas. ¿Fuimos nosotros los agresores? Vos lo ignorais, yo lo ignoro tambien; pero yo sé que en aquellos siglos remotos, habiendo uno de nuestros reyes derrotado á los Argivos, le aconsejaron nuestros aliados, que se apoderase de su ciudad. La ocasion era favorable, y facil la conquista; pero él respondió, eso seria una injusticia: nosotros hemos hecho la guerra, para asegurar nuestras fronteras, y no para usurpar un imperio, á que no tenemos ninguna especie de derecho.

¿Quereis conocer la mente de nuestra institucion? acordaos de los hechos mas recientes,

* Véase el capítulo xli de esta obra.

y comparad nuestra conducta con la de los Atenienses. Los Griegos habian triunfado de los Persas; pero aun no acabada la guerra, se continuaba felizmente bajo el mando de Pausanias, que abusó de su poder. Nosotros le revocamos, y convencidos de sus malversaciones, condenamos á muerte al vencedor de Platea. Entre tanto, los aliados ofendidos de su altivez, habian dado á los Atenienses el mando en gefe de los ejércitos. Esto era despojarnos de un derecho que habiamos tenido hasta entonces, y que nos ponía al frente de las naciones de la Grecia. Nuestros guerreros, ardiendo en ira, querian á toda costa defenderlo con las armas; pero habiéndoles representado un anciano, que las guerras lejanas no servian mas que para corromper vuestras costumbres, decidieron al punto que valia mas renunciar vuestras prerogativas, que vuestras virtudes. ¿Es este el caracter de los conquistadores?

Convertida Atenas, con nuestra aprobacion, en la primera potencia de la Grecia, multiplicaba de dia en dia sus conquistas: nada resistia á sus fuerzas; nada bastaba á su ambicion: sus flotas, y sus ejércitos acometian impunemente á amigos y á enemigos. Llegaron á nosotros las quejas de la Grecia oprimida: algunas circunstancias críticas nos impidieron al principio darles oidos; y cuando estuvimos mas tranquilos,

no nos lo permitió nuestra indolencia. Comenzaba el torrente á salir de madre, arrasando á nuestros antiguos aliados del Peloponeso, quienes se disponian á abandonarnos, y acaso á dirigirle hácia nosotros, si nos negábamos por mas tiempo á detener su corriente.

No es sospechosa mi relacion; yo hablo por boca del historiador mas exacto de la Grecia, de un ateniense ilustrado, imparcial, y testigo de los hechos. Leed, en la obra de Tucídides, el discurso del embajador de Corinto, y el del rey de Lacedemonia; ved cuanto hicimos para conservar la paz, y juzgad vos mismo si se debe atribuir á nuestra ambicion y envidia la guerra del Peloponeso, como acaso se atribuirá algun dia sobre el testimonio de algunos escritores preocupados.

No es ambicioso un pueblo cuando por caracter y por principios, es en extremo lento en formar y en seguir sus proyectos; cuando no se atreve á aventurar cosa alguna, y es preciso forzarle á tomar las armas. No; no éramos tampoco envidiosos, y tendríamos por mengua el serlo; pero nos indignamos al ver próximos á ponerse bajo el yugo de una ciudad, los hermosos paises que nosotros habiamos librado del de los Persas.

En esta larga y desgraciada guerra, incurrieron los dos partidos en faltas groseras, y come-

tieron crueldades horribles. Mas de una vez debieron los Atenienses conocer, en nuestra lentitud á aprovecharnos de nuestras ventajas, que no éramos nosotros los mas peligrosos de sus enemigos. Mas de una vez tambien les debió maravillar nuestro ahinco en poner término á las desgracias que se alargaban mas de lo que nosotros esperábamos. A cada campaña, á cada expedicion echábamos mas vivamente de menos el sosiego que se nos habia quitado. Casi siempre éramos los últimos á tomar las armas, y los primeros á dejarlas; vencedores, ofreciamos la paz; y vencidos, la pediamos.

Tales fueron en general nuestras disposiciones: ¡dichosos nosotros, si los disturbios que empezaban á fomentarse en Esparta, y las consideraciones que eran debidas á nuestros aliados, nos hubieran permitido siempre conformarnos con ellas! No obstante, estuvieron patentes en la toma de Atenas. Los Corintios, los Tebanos, y aun otros pueblos, propusieron arrasarla enteramente. Nosotros desaprobamos este parecer; y en efecto, ni sus casas, ni sus templos, era lo que se necesitaba sepultar en las entrañas de la tierra, sino los tesoros que encerraba en su seno: esos despojos preciosos, y esas sumas inmensas, que Lisandro, general de nuestra armada, habia recogido en el discurso de sus expediciones, y que fué introduciendo

poco á poco en nuestra ciudad *. Yo me acuerdo , aunque era joven todavía , de que los mas cuerdos de entre nosotros , se estremecieron al ver el enemigo. A su voz volvió en sí el tribunal de los éforos , y propuso alejar para siempre aquellas riquezas , fuente fecunda de las desavenencias y desórdenes que nos amenazaban. Prevalció el partido de Lisandro ; se resolvió que el oro y plata se harian moneda para las necesidades de la república , y no para las de los particulares . ; Resolucion insensata y funesta ! Desde el punto en que el gobierno daba valor á estos metales , se debia pensar que los particulares le darian pronto un precio infinito.

Ellos os sedujeron sin trabajo , dije yo , porque segun observa Platon ; vuestras leyes os habian aguerrido contra el dolor , no contra el deleite. Cuando el veneno está en el Estado , respondió

* Diodoro Sículo refiere que despues de la toma de Sestos , ciudad del Helesponto , hizo Lisandro trasladar á Lacedemonia , por Gilipo muchos despojos , y una cantidad de mil y quinientos talentos , es decir , ocho millones y cien mil libras : (mas de 30 millones de reales vn.) Despues de la toma de Atenas , Lisandro , á su regreso á Lacedemonia , entregó á los magistrados entre otros objetos preciosos , cuatrocientos ochenta talentos , que le quedaban de las sumas suministradas por el joven Ciro . Si se han de distinguir estas diversas sumas , se seguirá que Lisandro habia traído de esta expedicion mil novecientos y ochenta talentos , es decir , diez millones seiscientos noventa y dos mil libras : (cerca de 40 millones de reales vn.)

Damonax , toca á la filosofia librarnos de él ; cuando no lo está , basta al legislador el impedir que entre ; porque el mejor medio de preservarse de ciertos peligros , es no conocerlos. Pero , repliqué yo , puesto que la asamblea aceptó el presente funesto que le presentaba Lisandro , ¿ no fué el primer autor de las mudanzas que han experimentado vuestras costumbres ?

El mal , respondió , venia de mas atras. La guerra de los Persas nos sacó al medio de ese mundo , de que Licurgo queria separarnos. Por espacio de medio siglo , con menosprecio de nuestras máximas antiguas , llevamos nuestros ejércitos á países lejanos , y formamos en ellos ligas estrechas con sus habitantes. Mezcladas sin cesar nuestras costumbres con las de las naciones extranjeras , se alteraron , como las aguas puras que atraviesan un pantano inficionado y contagioso. Vencidos nuestros generales por los regalos de aquellos de quienes hubieran debido triunfar con las armas , amancillaron de dia en dia su gloria y la nuestra. Los castigamos á su regreso ; mas por la clase y méritos de los culpados , sucedió que el crimen inspiró menos horror , y que la ley no inspirase mas que temor. Mas de una vez habia Pericles comprado el silencio de algunos magistrados , que tenían bastante crédito para cerrar nuestros ojos á las empresas de los Atenienses.

Después de esta guerra gloriosa, que nos comunicó las semillas de los vicios, vimos sin horror, ó por mejor de cir, nos hicimos participantes de las violentas pasiones de los hombres singulares, que nuestro infeliz destino hizo nacer entre nosotros. Lisandro y Agesilao intentaron levantar á Esparta al colmo del poder, para dominar el uno sobre ella, y el otro con ella.

Los Atenienses batidos mas de una vez por mar; una guerra de veinte y siete años, terminada en una hora; Atenas ganada; muchas ciudades libertadas de un yugo odioso; otras recibiendo de nosotros magistrados, que al cabo las oprimian; la Grecia guardando silencio, y forzada á reconocer la preeminencia de Esparta; tales son los principales rasgos que caracterizan el ministerio brillante de Lisandro.

Su política no conoció mas que estos dos principios, la fuerza y la perfidia. Con motivo de ciertas diferencias suscitadas entre nosotros y los Argivos, en punto á límites, presentaron estos sus títulos. Ved aquí mi respuesta, dijo Lisandro poniendo mano en la espada. Su máxima favorita era, que se debe engañar á los niños con juguetes, y á los hombres con perjuros.

De aquí nacian sus vejaciones é injusticias, cuando nada tenia que temer; sus ardides y disimulos, cuando no se atrevia á obrar á viva fuerza: de aquí tambien aquella facilidad con que

se acomodaba á las circunstancias. En la corte de los sátrapas de Asia, toleraba sin murmurar el peso de su grandeza; y un instante despues distribuía á los Griegos el desprecio, que acababa de sufrir de los Persas.

Cuando alcanzó el imperio de los mares, destruyó en todas partes la democracia: esta era la costumbre de Esparta*, la que él siguió con obstinacion para poner á la cabeza de cada ciudad unos hombres sin mas mérito que el abandono total á su voluntad. Estas revoluciones costaban torrentes de sangre y de lágrimas: nada le detenía para enriquecer á sus favorecidos, y oprimir á sus enemigos, que este era el nombre que daba á los que defendian los intereses del pueblo. Su odio era implacable, su venganza terrible; y cuando la edad llegó á exasperar su genio atrabiliario, la menor resistencia le hacia feroz. En una ocasion hizo degollar á ochocientos habitantes de Mileto, quienes fiados en sus juramentos, tuvieron la imprudencia de salir de sus retiros.

Esparta sobrellevaba en silencio todas estas atrocidades. Lisandro se habia hecho muchos

* Nada hay acaso que haga mas honor á Esparta que este uso. Con motivo del abuso excesivo que hacia el pueblo en todas partes de su autoridad, habia disensiones en cada ciudad, y eran frecuentes las guerras en la Grecia.

partidarios entre nosotros, con la severidad de sus costumbres, con su obediencia á los magistrados, y con la fama de sus victorias, y cuando, con sus excesivas liberalidades, y el terror de su nombre, adquirió todavía muchos mas, entre las naciones extrangeras, se le tuvo por el árbitro soberano de la Grecia.

No obstante que era de la casa de los Heraclides, se hallaba á mucha distancia del trono, para acercarse á él; y así hizo subir á él á Agesilao, á quien amaba tiernamente, y cuyos derechos á la corona se podian poner en duda. Lisonjeándose Lisandro de reinar á la sombra del nombre de este príncipe, le inspiró el deseo de la gloria, y le alucinó con la esperanza de destruir el vasto imperio de los Persas. A poco llegaron diputados de muchas ciudades, instigados por él secretamente, quienes pedian á Agesilao por general del ejército que levantaban contra los bárbaros. Este príncipe salió al punto con un consejo de treinta esparciatas, presidido por Lisandro.

Llegan al Asia; y todos aquellos pequeños déspotas que Lisandro había puesto en las ciudades vecinas, tiranos mil veces mas crueles que los de los grandes imperios, porque su crueldad crece en razon de su debilidad, no reconocen sino á su protector, concurren servilmente á su puerta, y solamente dan al soberano

unos débiles homenajes de mera urbanidad. Agesilao, celoso de su autoridad, conoció al punto, que aunque ocupaba el primer lugar, no representaba mas que el personage segundo; y así disgustó con su frialdad á su amigo, quien se volvió á Esparta, no respirando mas que venganza. Entonces resolvió ejecutar un proyecto, que había concebido en otro tiempo, y cuyo plan bosquejó en un escrito, que se encontró despues de su muerte entre sus papeles.

La casa de Hércules está dividida en muchas ramas, y solo dos de ellas tienen derecho á la corona. Lisandro quería ampliarlo á las demas, y aun á todos los Esparciatas. El honor de reinar sobre hombres libres, hubiera sido el premio de la virtud; y Lisandro, por su crédito, hubiera podido un dia ascender al poder supremo; pero como una revolucion de esta naturaleza no podia ejecutarse á fuerza abierta, recurrió á la impostura.

Corrió la voz de que en el reino del Ponto había parido una muger un hijo, cuyo padre era Apolo; y los principales de la nacion le hacian educar con el nombre de Sileno. Estos rumores vagos dieron margen á Lisandro para formar la idea de un enredo, que duró muchos años, y que él por bajo de mano dirigia, valiéndose de agentes subalternos. Unos recordaban de cuando en cuando el nacimiento milagroso del niño, y

otros anunciaban, que los sacerdotes de Delfos conservaban ciertos oráculos antiguos, á que no les era lícito tocar, y que debian á su tiempo entregarlos al hijo del dios, de quien eran ministros.

Acercábase el desenlace de esta extraordinaria treta. Sileno se habia dejado ver en la Grecia, y estaba tratado que iria á Delfos; que los sacerdotes, que estaban ganados, examinarian delante de muchos testigos, los títulos de su origen; que forzados á reconocerle por hijo de Apolo, pondrian en sus manos las antiguas profecias; que él las leeria en presencia de aquella numerosa asamblea, y que en uno de estos oráculos se diria, que los Esparciatas no debian elegir por reyes en lo sucesivo sino á los mas virtuosos ciudadanos.

En el momento de la ejecucion, temeroso uno de los principales actores de las consecuencias de la empresa, no se atrevió á llevarla al cabo; y Lisandro, desesperado, se hizo dar el mando de algunas tropas que se enviaban á Beocia, y murió en un combate. Nosotros decretamos honores á su memoria, cuando hubiéramos debido infamarla; porque él contribuyó mas que nadie á despojarnos de nuestra moderacion y pobreza.

Agesilao siguió con mas método el sistema de engrandecimiento de Lisandro. No os hablaré de

sus expediciones en Grecia, Asia y Egipto. Fué mas peligroso que Lisandro, porque con iguales talentos, tuvo mas virtudes; y con la misma ambicion, estuvo siempre libre de la presuncion y vanidad. Jamas permitió que se le levantara una estatua. Lisandro consagró por si mismo la suya en el templo de Delfos; permitió que se le erigiesen altares, y que se le ofreciesen sacrificios; prodigaba recompensas á los poetas que le prodigaban elogios, y llevaba consigo siempre uno, que observase y celebrase sus mas minutas ventajas.

Ambos enriquecieron á sus hechuras, vivieron siempre en una extrema pobreza, y fueron siempre inaccesibles á los placeres. Ambos lisonjearon bajamente á los éforos, para obtener el mando de los ejércitos; y acabaron de hacer pasar la autoridad á sus manos. Lisandro, despues de la toma de Atenas, les decia: « he dicho á los « Atenienses, que vosotros sois los dueños de la « guerra y de la paz. » Agesilao se levantaba del trono cuando se presentaban los éforos.

Asegurados ambos de la proteccion de los éforos, nos deslumbraron; y por las continuas injusticias y violencias, sublevaron contra nosotros ese Epaminondas, que despues de la batalla de Leuctres, y el restablecimiento de los Mesenios, nos redujo al estado infeliz en que estamos hoy. Hemos visto desplomarse nuestro po-

der con nuestras virtudes. Ya no estamos en aquellos tiempos en que los pueblos que querian recobrar su libertad, pedian á Lacedemonia un solo guerrero de los que tenia, para romper sus cadenas.

Sin embargo, tributad la última ofrenda á nuestras leyes. En otras partes hubiera empezado la corrupcion debilitando las almas: entre nosotros ha hecho brotar pasiones grandes y fuertes, como son la ambicion, la venganza, el deseo del mando, y el furor de la celebridad. No parece sino que los vicios se acercan á nosotros con circunspeccion. La sed del oro no se ha dejado sentir todaya en todos los estados, y los atractivos del deleite no han inficionado hasta ahora mas que un corto número de particulares. Hemos visto mas de una vez á los magistrados y generales mantener con denuedo nuestra antigua disciplina, y á unos simples ciudadanos practicar virtudes dignas de los mas bellos siglos.

Semejantes á aquellos pueblos, que situados en las fronteras de dos imperios, han hecho una mezcla de lenguas y costumbres, están los Esparciatas, por decirlo así, en las fronteras de las virtudes y de los vicios; pero no permaneceremos largo tiempo en este puesto peligroso: cada instante nos advierte que una fuerza invencible nos arrastra al fondo del abismo. Yo mismo, yo

estoy aturdido del ejemplo que os he dado hoy. ¿Qué diria Licurgo, si viese á uno de sus discipulos, discurrir, deliberar, disputar, y valerse de las formalidades oratorias? Lo conozco: he vivido demasiado con los Atenienses, y no soy mas que un esparciata degradado.

